

—Nosotros, respondió Lamartine, nosotros... nosotros somos quienes nos hemos entregado en cuerpo y alma, los que nos hemos unido sin reserva al triunfo de vuestra causa.

Hemos quemado nuestros bajeles, hemos echado abajo el trono.

—¿De esta manera sois, y no otra cosa, un gobierno republicano?

—Sí, pero un gobierno republicano provisional: aguardamos la sancion de la Francia.

—La Francia somos nosotros, y tenemos en Paris delegados de toda ella: todas las provincias están aquí representadas. Somos á un mismo tiempo la sangre, el corazon y la cabeza del pais.

—¿Y os sentis bastante fuertes y bastante justos para inaugurar la era santa de la República?

—¡Sí, sí, sí!

—Loado sea Dios, que me ha dejado ver amanecer este dia. ¡Viva la República!

Y un inmenso coro responde:

¡Viva la República!!

Lamartine es llevado en triunfo hasta la sala del gobierno

Al cabo de dos horas no quedaban en la sala del consejo mas que un hombre sentado en el sillón del presidente, donde parecia haberse quedado dormido de cansancio, y otro que estaba en pié delante de él con una bandera roja en la mano, un gorro de dormir y que cantaba:

“Jamás, jamás en Francia

“El inglés reinará.”

A las once, los corredores y pasillos del Hotel-de-Ville están ya casi sin gente. Una gran multitud está en la plaza y espera, á cada noticia que recibe del gobierno provisional, la sola, la verdadera palabra de orden; esta es:

Libertad! Igualdad! Fraternidad! mantenedbar las ricadas.

De esta manera se pasó este dia que no tiene igual en los fastos del mundo, y que ha visto pasar sucesivamente dos ministerios, caer un trono y una regencia y

¡Proclamar una república!

25 de Febrero.—El dia comienza á alumbrar á Paris, ayer monarquía hoy república.

En la noche la obra de organizacion, comenzada la víspera en el Hotel-de-Ville, es continuada.

Los diarios anuncian que el gobierno provisional se compone de MM. Dupont (de l'Eure), Lamartine, Cremieux, Arago, Ledrú-Rollin, Garnier Pagès y Marie.

Los secretarios son:

MM. Armando Marrast, Luis Blanc y Fernando Flocon.

He aquí sus primeros actos y de la manera con que estaban distribuidos los ministerios:

Dupont (de l'Eure) presidente del consejo;

Negocios extranjeros, Lamartine;

Interior, Ledrú-Rollin;

Guerra, Bedeau;

Hacienda, Miguel Goudeaux;

Marina, Arago;

Agricultura y comercio, Bethmont;

Trabajos públicos, Marie;

Instruccion pública y cultos, Carnot;

Gobernador general de Argelia, general Cavaignac;

Maire de la ciudad de Paris, Garnier Pagès;

Y comandante superior de la guardia nacional de Paris, Courtais.

A eso de las diez de la mañana se sabe que el rey ha llegado la víspera á Trianon á las cuatro de la tarde: allí echó de ver que habia perdido su cartera y partió al punto para la ciudad de Eu.

Fíjanse las proclamas siguientes:

REPÚBLICA FRANCESA.

Febrero 25 de 1848.

“El gobierno de la república francesa se compromete á garantir la existencia del operario por el trabajo.

“Se compromete á garantir trabajo á todos los ciudadanos.

“Ha conocido que los operarios deben asociarse entre sí para gozar los beneficios de su trabajo.

“El gobierno provisional da á los operarios, pues que les pertenece, el millon que va á entrar en la lista civil.

“Garnier Pagès, maire de Paris.

“Luis Blanc, secretario.”

“En nombre del pueblo frances,

“El gobierno provisional decreta:

“Queda disuelta la cámara de diputados.

“Se prohíbe á la cámara de los pares reunirse.

“Una asamblea nacional se convocará tan luego como el gobierno provisional haya reglado las medidas de orden y policía necesarias para el voto de todos los ciudadanos.”

“Ciudadanos:

“El gobierno provisional declara: que el gobierno actual es el gobierno republicano, y que la nacion será llamada inmediatamente á ratificar con su voto, la resolucion del gobierno provisional y del pueblo de Paris.

“Quedan los panaderos obligados á poner á la disposicion de los comandantes de punto cincuenta piezas de pan, en cambio de pagarés, los que les serán reembolsados en el Hotel-de-Ville: el pan es destinado al alimento de los ciudadanos que han tomado las armas.

“La distribucion será hecha por los comandantes susodichos, yharán que el pan venga custodiado.”

A las dos de la tarde se supo la rendicion de Vincennes y del Monte Valereo.

Toda la mañana se han estado llevando al Hotel-de-Ville los objetos preciosos encontrados en las Tullerias, como son diamantes, adornos, alhajas, &c.

Un barrendero llevó una cajita abierta en la que se encontraban doscientos mil francos en billetes de Banco, y ciento setenta y cuatro mil en oro.

Las noticias llegan por todas partes; tan solo sí que no se puede saber cuáles son verdaderas y cuáles falsas.

Se dice que la república ha sido proclamada en Bruselas y que el rey Leopoldo ha huido.

Se dice también que la familia real se ha embarcado en Treport.

Y en fin, que el rey ha sido atacado de una apoplegia fulminante y muerto repentinamente.

Todas estas noticias pasan de boca en boca con una rapidez eléctrica.

Se organizan suscripciones para favorecer á los heridos.

A las tres reina en el pueblo cierta inquietud; le han dicho que el gobierno le ha hecho traicion y que va á establecer la regencia. Ayer lo proclamaron, hoy lo calumnian. El pueblo pide garantias y quiere, en lugar del gallo, el gorro frigio, y en vez de la bandera tricolor, la bandera colorada.

Se encamina al Hotel-de-Ville.

Esta agitacion crece á la vista de las angarrillas en que llevan los heridos, las que se hacen pasear de propósito por toda la ciudad, para que el pueblo no olvide el combate de la vispera y no ceda á las influencias retrógradas que se temen.

El pueblo llega al Hotel-de-Ville desembocando por las calles y muelles, é inundando la plaza de la Grève.

Lamartine y Marie están solos en el Hotel-de-Ville.

Lamartine oye los rugidos del pueblo, pero sabe como un nuevo Androcles el modo de calmar este león.

Baja, se cruza de brazos y pregunta á estos millares de hombres rabiosos lo que quieren.

En medio de los gritos, de los clamores, de las imprecaciones, de los sables levantados y de las bayonetas caladas, comprende que se duda de la lealtad del gobierno, y que quieren la sustitucion de la bandera roja á la bandera tricolor.

Entonces hace señal de que va á hablar.

Poco á poco va sosegándose esta mar; sus olas cesan de correr y queda al fin tranquila.

“¡Eh qué! ciudadanos, dijo, si se os hubiera dicho hace tres dias que habiais de haber tirado un trono, destruido la oligarquía, obtenido el sufragio universal, conquistado todos los derechos del ciudadano, fundado, en fin, una república, ese sueño lejano de aquellos mismos que sentian su nombre oculto bajo los pliegues de sus conciencias como si fuese un crimen... ¡y qué república!... no una república como las de Grecia y Roma que encerraban nobles y plebeyos, señores y esclavos; no una república como las repúblicas aristócratas de los tiempos modernos que encierran ciudadanos y proletarios, grandes y pequeños ante la ley, un pueblo y un patriciado, sino una república justiciera en donde no hay ni aristocracia, ni oligarquía, ni grandes, ni pequeños, ni patricios, ni plebeyos, ni señores, ni ilotas ante la ley; donde no hay mas que un solo pueblo compuesto de la universalidad de los ciudadanos y en donde el derecho y el poder públicos no se componen sino del voto y del derecho de cada individuo de que se compone la nacion, que viene á reasumirse en un solo poder colectivo llamado el *Gobierno de la República*; que da leyes, instituciones populares y beneficios á ese mismo pueblo de que ha emanado.... si se os hubiera dicho todo eso, repito, hace tres dias, no lo

habriais creído y hubierais dicho. ¡Tres dias! es menester tres siglos para concluir semejante obra en provecho de la humanidad!... Y bien, lo que habriais declarado imposible se ha concluido.... ¡Ved aquí nuestra obra, en medio de este tumulto, de esas armas, de esos cadáveres, de vuestros mártires....

“¡Y así murmurais contra Dios y contra nosotros!

—“No, no, no murmuramos, interrumpieron muchas voces á M. Lamartine.

—“¡Oh! seriais indignos de esos dones, repuso Lamartine, si no sabeis contemplarlos y reconocerlos.

“¿Qué os pedimos nosotros para concluir nuestra obra? ¿son años? no; ¿son meses? tampoco; ¿son semanas? mucho menos; dias, dias tan solo. Dos ó tres dias mas, esperad, y vuestra victoria será escrita, aceptada, asegurada, organizada de manera que ninguna tiranía, á escepcion de vuestras impaciencias, podrá arrancáoslas de vuestras manos.

“¿Y nos rehusareis estos dias, esas horas de calma, esos minutos? ¡Ahogareis á la REPÚBLICA nacida de vuestra sangre y que está apenas en la cuna?

—“No, no, no, repiten las mismas diez mil voces. ¡Viva la república! ¡Viva el gobierno provisional! ¡Viva Lamartine!

—“Ciudadanos, continuó Lamartine, acabo de hablaros como ciudadano; bien: ahora escuchad á vuestro ministro de negocios extranjeros:

“Si vosotros me arrebatáis la bandera tricolor, sabedlo bien, me arrebatareis la mitad de la fuerza exterior de la Francia; porque la Europa no vé sino la bandera de las derrotas y de nuestras victorias en la bandera de la República y del Imperio.

“Al ver la bandera roja no creerá ver sino la bandera de un partido. La bandera de la Francia, la bandera de nuestros ejércitos victoriosos; y en fin, la bandera de nuestros triunfos, es la que es menester levantar delante de la Euro-

pa. La Francia y la bandera tricolor no son mas que un mismo pensamiento, un mismo prestigio, un mismo terror de que tenemos necesidad para nuestros enemigos.

“Pensad no mas, cuánta sangre no seria necesario hacer verter para que otra bandera alcanzase nueva fama.

“La bandera roja, no la adoptaré jamas, y os diré en una palabra por qué me opongo á la adopción con toda la fuerza de mi patriotismo.

“La bandera tricolor, ciudadanos, ha dado la vuelta al mundo con la República y con el Imperio, con vuestras libertades y vuestras glorias, mientras que la bandera roja no ha hecho sino la vuelta del Campo de Marte, arrastrada por la sangre del pueblo.”

A esta última peroracion, ó mas bien, á esta última imagen, la cólera del pueblo se apagó para hacer lugar al entusiasmo. Todos se precipitaron á Lamartine por ver quien podría tocarlo, oprimir sus manos ó abrazarlo. Entonces él estiende sus manos por encima de aquel grupo de que es centro, y dice:

“¡Oh! mis amigos, mis buenos amigos, ¡no sabreis jamas comprender este torrente de afecto que hay aquí hácia vosotros! ¡Qué no tenga yo los brazos inmensos para abrazaros á todos y estrecharos contra mi corazón!”

Con esto concluyó todo. Este pueblo que subia como una marea y que rugia como una tempestad, se detuvo y se fué.

A las cuatro, los baluartes presentaban un curioso espectáculo; diríase que hay una fiesta en todo Paris. Toda la poblacion se da prisa en ir á la Bastilla ó en bajar á la Magdalena. La noche que entra no interrumpe este incesante paseo. Todas las casas se iluminan y presentan en toda la longitud de los baluartes una doble fachada de llamas.

CAPÍTULO XXVIII.

TODAS las barricadas están todavía en su estado pero es necesario echarlas abajo para dejar libre el tránsito: los que las han levantado están en ellas para dar la mano á las señoras y tomar los niños en los brazos. Jamas se habia visto en el pueblo tanta política sino hasta que ha sido soberano. Tan solo que, de las once de la noche en adelante, no puede transitarse sin santo ó de lo contrario es uno obligado á hacerse reconocer en el cuerpo de guardia.

26 de Febrero.—Paris presenta el mismo aspecto, solo por la mañana se pasa por las barricadas que tienen paso; están aun guardadas por sus defensores.

La que está á la entrada de la calle de Montmartre, conserva aun sus cañones.

La primera cosa que todos y cada uno piden es su diario.

Los diferentes papeles contienen los decretos siguientes:

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

“El gobierno provisional, convencido de que la grandeza de alma es la política suprema, y de que cada revolucion